

Marc Elsberg

BLACKOUT

EL APAGÓN



DUOMO EDICIONES
Barcelona, 2014

Título original: *Blackout*

© 2012 por Marc Elsberg

published by arrangement with Literary Agency Michael Gaeb

© de la traducción, 2014 por Beatriz Galán Echevarría

© de esta edición, 2014 por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

La publicación de esta obra ha recibido la ayuda del Ministerio de Educación, Arte y Cultura de Austria

Todos los derechos reservados

Primera edición: enero de 2014

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

Av. del Príncipe d'Astúries, 20. 3º B. Barcelona 08012 (España)

www.duomoediciones.com

Gruppo Editoriale Mauri Spagnol S.p.A

www.maurispagnol.it

DEPÓSITO LEGAL: B. 27.179-2013

ISBN: 978-84-15355-84-7

CÓDIGO IBIC: FA

Diseño de interiores:

Agustí Estruga

Composición:

David Pablo Blasco

Impresión:

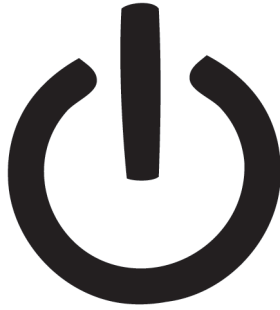
Grafica Veneta S.p.A. di Trebaseleghe (PD)

Impreso en Italia

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telepático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

Para Úrsula

Día o. Viernes



Milán

Piero Manzano dio un volantazo desesperado, mientras el radiador de su Alfa se precipitaba indolente hacia el coche de color verde claro que tenía frente a sí. Se aferró al volante con las dos manos y le pareció sentir anticipadamente la inquietante concatenación de fatalidades previa a la colisión: un frenazo, el rechinar de las ruedas, las luces de los vehículos... y el choque. *Crash*.

El instante se dilató en el tiempo, y Manzano, delirante, pensó en una tableta de chocolate, en la ducha que había previsto darse en cuanto llegase a casa apenas veinte minutos después, en la copa de vino que iba a tomarse a continuación y en su cita con Carla, o Paula, ese fin de semana.

El Alfa se detuvo de golpe, a pocos milímetros de la colisión. Piero Manzano se hundió inevitablemente en el respaldo de su asiento. La calle estaba sumida en la más absoluta oscuridad. Los semáforos, en verde hacía apenas un instante, se apagaron de golpe dejando tan sólo la silueta de su resplandor en la retina del conductor. En cuestión de segundos se vio envuelto en un infernal estruendo de bocinas y metal retorcido. A su izquierda, los faros de una furgoneta se acercaban a toda velocidad. Allí donde había estado el vehículo verde claro asomaba ahora una pared de humo, sibilante y azul, y una lluvia de chispas centelleantes. Un golpe brutal empotró la cabeza de Manzano contra el cristal lateral y su coche dio varias vueltas de campana, como un tiovivo, hasta detenerse con una nueva colisión.

Piero abrió los ojos e intentó orientarse. Uno de los faros de su coche iluminaba los copos de nieve, que caían, juguetones, sobre el asfalto negro y húmedo. Le había saltado parte del capó. Unos metros más allá vio las luces traseras de la furgoneta.

No tuvo que pensar demasiado. Con un gesto raudo y veloz se desabrochó el cinturón de seguridad, cogió el móvil y salió del coche. En el maletero encontró el botiquín y el triángulo de señalización. No tenía ni idea de primeros auxilios (desde que se sacó el carnet de conducir, veinticinco años atrás, sus únicas incursiones en la enfermería se habían limitado a poner una tirita o combatir una resaca), pero aun así cogió ambos objetos y salió corriendo de allí. Mientras lo hacía observó su coche. La furgoneta le había destrozado gran parte del capó y el lateral izquierdo, y la rueda se había incrustado caprichosamente en el entre-sijo de metal del radiador. Siniestro total.

La puerta del conductor del camión estaba abierta. Manzano dio la vuelta a la cabina y se detuvo, petrificado.

Los faros delanteros del vehículo iluminaban el carril contrario con una luz fantasmagórica. La circulación también había quedado interrumpida en aquel sentido, y se veían vehículos accidentados por doquier. El utilitario verde claro que poco antes había tenido frente a sí estaba ahora arrugado como un acordeón y empotrado bajo el guardabarros de un camión. De su capó, o de lo que quedaba de él, salía un humo denso que envolvía toda la escena. Ante la destrozada puerta del conductor se agitaba un hombre bajito y corpulento que llevaba un chaleco acolchado. El conductor del camión, supuso Manzano. Le pareció que el tipo estaba gritando, pero el concierto de bocinas le impidió distinguir sus palabras. Los más curiosos se habían acercado al lugar del accidente, y por algún extraño motivo, él también se precipitó hacia allí.

Lo que vio le hizo perder el equilibrio.

El choque había arrancado de su eje el asiento del conductor y lo había incrustado, literalmente, en el regazo de su acompañante. El tipo estaba inmóvil. Pendía del cinturón de seguridad, su cabeza tenía una postura insólita y el airbag le presionaba el costado. De la mujer que iba de copiloto sólo alcanzaban a verse un brazo y la cabeza. Tenía la cara ensangrentada y movía los párpados de un lado a otro pese a mantenerlos cerrados. Sus labios balbuceaban algo imperceptible.

El conductor del camión, mientras tanto, iba de un lado a otro intentando en vano ser de alguna utilidad.

—¡Una ambulancia! —le gritó entonces Manzano, para espabilarlo—. ¡Llame a una ambulancia!

La mujer del coche verde seguía balbuceando algo, pero no pudo entenderla. Desesperado, Piero intentó hallar algún signo de vida en el con-

ductor. Pasó la mano por la ventana rota y le tomó el pulso del cuello. Nada. Y tampoco en las muñecas, eso saltaba a la vista. La cabeza del hombre se inclinó un poco más y él volvió a intentarlo, pero fue en vano. Se incorporó, desolado, y tuvo que hacer un esfuerzo por no vomitar.

–¡No hay cobertura! –gritó entonces el conductor del camión.

Los labios de la mujer dejaron de moverse. Por sus comisuras empezó a brotar un hilillo de sangre que aumentaba a cada respiración. La única muestra de que seguía con vida.

–¿Dónde está la ambulancia? ¿Nadie ha llamado a una maldita ambulancia?

–¡Demasiado tarde! –le respondió un hombre que vestía un elegante traje cuyos hombros estaban cubiertos de nieve.

Tenía la cara húmeda, y Manzano no supo decir si era cosa de la nieve o estaba llorando.

Poco a poco la zona empezó a llenarse de curiosos. Permanecían quietos y boquiabiertos bajo la nevisca.

Manzano les gritó que se marcharan, pero nadie le hizo caso. Ni siquiera tenía claro que lo hubieran oído. Sólo entonces se dio cuenta de algo que había notado justo antes del accidente: la calle estaba a oscuras. Habían fallado todas las farolas, y la noche parecía más tenebrosa que nunca. De hecho, ahora que lo pensaba, tampoco había luz en los edificios de la Piazza Napoli, en ninguno de ellos, ni se veía claridad tras las ventanas ni en los anuncios de neón. Tan sólo dos casitas, en la distancia, parecían haber conservado la electricidad.

–Por el amor de Dios, pero ¿cómo se encuentra usted? –le preguntó un hombre que llevaba un anorak–. ¿Iba también en el coche?

Manzano negó con la cabeza.

–No, ¿por qué?

El hombre señaló su sien izquierda y le dijo:

–Necesita un médico. Siéntese.

Fue entonces cuando notó la presión en su frente, de la que emanaba un calor húmedo que le bajaba por la oreja hasta el cuello. Y tenía las manos ensangrentadas, aunque era posible que la sangre no fuera suya sino de las víctimas del accidente...

Estaba mareado.

El concierto de bocinas remitió ligeramente. La única que no se resignó a remitir, la que sonaba más fuerte y con más insistencia, era la bocina del destrozado coche verde claro.

Mientras Piero Manzano se tambaleaba sobre el asfalto, intentando no perder el conocimiento, aquel sonido resonó en la noche oscura como un último y desesperado grito de auxilio.

Roma

La señal emitió un pitido intermitente, y una batería de luces empezó a parpadear en los monitores que Valentina Condotto tenía frente a sí.

—¿Qué demonios está pasando? —gritó, mientras pulsaba las teclas con desesperación—. Primero la frecuencia se pone por las nubes y ahora... ¿ahora se apaga? ¿Pero cómo? ¡Todo el norte de Italia ha caído! ¡Así, sin más!

Hacía tres años que Condotto había sido nombrada controladora de sistemas operativos de la compañía Terna para la zona de Roma, y desde entonces se pasaba ocho horas al día supervisando la corriente eléctrica de la red italiana, así como su interacción con las redes de los países vecinos.

La primera vez que entró en aquella sala, con sus paredes cubiertas de aparatos electrónicos y su infinidad de pantallas, creyó que había ido a parar a una película de James Bond.

El enorme monitor de seis por dos, que proyectaba con absoluta precisión todas las zonas sometidas a control por la compañía, solía mostrar una serie de líneas y cajitas sobre fondo negro: la red eléctrica italiana. A izquierda y derecha, un montón de pantallas con los datos actualizados de las redes. Y sobre la mesa de Condotto, otras cuatro pantallas, algo más pequeñas, con otras cifras, curvas y diagramas.

—¡Todo el país está en ámbar! —le gritó su compañero de trabajo, el también controlador Giuseppe Santrelli—. Tengo a Milán al teléfono. Quieren recuperar la potencia pero no logran que Enel establezca la frecuencia. Quieren saber si nosotros podemos.

Condotto maldijo la epidemia de gripe. Ella no tendría que haber estado allí, sino en casa, cenando tranquilamente. Pero la chica que ocupaba el turno siguiente al suyo se había puesto enferma, y la sustituta que le habían buscado también había cogido la gripe. De modo que sólo quedaba ella. Agotada pero sana.

—¡Sicilia está en rojo!

El código de los semáforos: verde, la red funciona correctamente; ámbar, hay dificultades; rojo... apagón. Gracias al sistema de preven-

ción europeo, cualquier operador del sistema puede saber, en todo momento y en tiempo real, qué zonas están en riesgo de sufrir una crisis; lo cual, en una época en la que el mundo entero –y por supuesto también la red eléctrica– está informatizado y conectado a nivel internacional, supone una absoluta necesidad.

Bueno, al menos el resto de países no parecía afectado...

–Voy a tener que coger algo de potencia de los franceses, suizos, austriacos y eslovacos.

Lo más probable era que el delicado equilibrio de las redes estuviera acusando las frías temperaturas de aquel febrero. Como cada invierno, el caudal de los ríos era escaso, y la producción de energía hidráulica se había reducido casi a la mitad. Por otra parte, la regulación rusa del suministro de gas para todo el invierno había empezado hacía ya tres semanas y provocaba verdaderos embotellamientos energéticos, sobre todo en el centro de Europa. En las horas punta –a mediodía y hacia el final de la tarde–, tenían que aumentar la capacidad de las plantas eléctricas e importar más corriente. El proceso se hacía de un modo automático, regulado con efectividad por los ordenadores, que estabilizaban el flujo de corriente en apenas unos nanosegundos, y los humanos se limitaban a comprobar que todo funcionara correctamente, y a reducir en ciertos casos la frecuencia eléctrica a menos de cincuenta hertzios, para evitar males mayores en los generadores de energía. Los ordenadores sólo intervenían cortando el suministro en los casos de oscilaciones de corriente muy significativas.

La pantalla principal tenía un enorme cuadrante iluminado en rojo, que indicaba a Condotto que los ordenadores de todas las regiones al norte del Lazio y los Abruzos habían agotado la energía de la red. Y Sicilia también estaba afectada. Por lo visto, en aquel preciso momento sólo la mitad inferior de la bota disponía de electricidad. Más de treinta millones de personas estaban a oscuras.

Algún extraño motivo había provocado que la red se forzara en exceso. La fluctuación de frecuencia empezó a resultar peligrosamente desproporcionada y derivó en más apagones automáticos.

–¡Ups! ¡Cada vez es peor! –exclamó Santrelli–. ¡Calabria, Basilicata y parte de Puglia y Campania también están en rojo, y las demás regiones en ámbar! ¡Mira! ¡Por el amor de Dios, ahora Francia y Austria tienen problemas!

–¿Es culpa nuestra? –preguntó Condotto, nerviosa.

—Ni idea. Yo sólo veo que los suizos también tienen algunas zonas del sur en ámbar, y... qué extraño... hasta en Suecia sucede lo mismo.

Condotto maldijo en voz alta. ¿Cómo podía Santrelli estar tan tranquilo? La curva de frecuencia volvió a aumentar. La energía residual se expandió rápidamente por los distintos compensadores de la red en busca de nuevas tomas de frecuencia que permitieran estabilizar la situación. Aquello tenía que acabar cuanto antes. Condotto empezó a buscar desesperadamente una solución, una salida a aquel terrible embrollo... y por lo visto no fue la única en intentarlo.

Ybbs-Persenbeug

Herwig Oberstätter alzó la vista del cuadro de control y aguzó el oído. Sobre su cabeza, el techo de la central eléctrica, alta como una catedral gótica de acero y hormigón, recogía el zumbido de los generadores y lo repartía en forma de eco por toda la estancia.

Desde la estrecha pasarela metálica que atravesaba la planta eléctrica a media altura, el técnico echó un vistazo a los tres generadores rojos. Estaban perfectamente alineados, y sus contornos cilíndricos, erguidos cual edificios, aspiraban llegar a la cima de aquella inmensa construcción. De lejos parecían unos gigantes, unos gigantes soberbios e impertérritos, y Oberstätter podía sentir la energía que palpitaba en su interior. Dotados con ejes de acero gruesos como troncos y conectados por las turbinas Kaplan que quedaban justo bajo sus pies, en cada uno de los generadores se arremolinaban imanes de varias toneladas de peso y alambres kilométricos que soportaban varios cientos de revoluciones por minuto. Allí se generaban los campos magnéticos que alentaban la tensión eléctrica y convertían en energía el movimiento. Pese a sus estudios de ingeniería, Oberstätter nunca llegó a entender aquel milagro, que era sin duda el origen de la vida moderna: cables de alta tensión, transformadores de energía, transmisores y conductores, acercaban la magia de la electricidad a los rincones más remotos del planeta. Si la energía eléctrica desapareciera, el mundo quedaría paralizado.

Una docena de metros bajo sus pies, el Danubio invitaba a fluir, entre las palas de unas turbinas grandes como camiones, a más de mil metros cúbicos de agua por segundo. En aquella época el río estaba en su peor momento, pero, aun así, la corriente seguía aportando la mitad de la energía de alto voltaje que precisaba toda la región.

Ya de niño, en la escuela, Oberstätter aprendió que la central hidroeléctrica de Ybbs-Persenbeug, inaugurada en los años cincuenta del siglo xx, era una de las estaciones energéticas más grandes e importantes de Austria. Lo que no supo hasta nueve años después de haber empezado a trabajar en ella era que la presa que habían levantado en el río Ybbs era enorme –de unos cuatrocientos sesenta metros de largo y hasta once de alto–, y gestionaba eficazmente toda la energía que producían aquellas aguas. Desde entonces, Oberstätter controlaba los tres enormes generadores rojos de la central como si se tratara de sus propios hijos.

Volvió a escuchar con atención. Tras nueve años de trabajo en la fábrica reconocía bien los sonidos de sus máquinas. Y ahí había uno que no lograba localizar.

Era viernes por la tarde. La gente volvía a casa tras la semana laboral, y quería tener luz y estar calentita y bien. Era, pues, el momento del día en el que se consumía más electricidad. Las plantas energéticas de Austria funcionaban a la perfección, pero durante aquellas horas solía ser necesario importar algo de los países vecinos.

Dado que la energía eléctrica resulta extremadamente difícil de guardar, en todo el mundo hay especialistas cuyo cometido consiste en ir transformando en electricidad la energía que poco a poco va necesiándose. Las continuas alteraciones en las necesidades de los usuarios provocan por lo general innumerables y bruscos cambios de frecuencia, y los generadores –con su velocidad rotatoria– son los responsables de mantener lo más equilibrada posible la frecuencia de la red.

De pronto, Oberstätter comprendió qué era aquel ruido. Cogió su walkie-talkie y gritó a sus colegas de la fábrica:

–¡Algo va mal!

Inmediatamente, la voz de uno de sus compañeros le llegó metálica y entrecortada a través del aparato:

–¡Ya lo vemos! ¡Acabamos de tener una bajada de tensión impresionante!

El rumor era cada vez más fuerte y empezó a acompañarse de un golpeteo irregular. Oberstätter observó los enormes cilindros con angustia y espetó al walkie-talkie:

–¿Una bajada, dices? ¡Pues esto suena más bien a subida! ¡Van a explotar! ¡Haz algo!

¿Pero en qué narices estaban pensando ahí abajo? ¡Los generadores no tenían un defecto de presión, sino un exceso! ¡Qué extraño! ¿A qué

podía deberse tanto movimiento? ¿Quién necesitaba tanta energía? Era como si ahí fuera, en la ciudad, todo el mundo hubiese encendido las luces y aparatos eléctricos al mismo tiempo.

Y si la frecuencia de la red era tan inestable como para afectar a los mismísimos generadores... Eso significaba que algo extraño estaba pasando. Que algo iba mal. ¿Un enorme apagón en la ciudad, quizá? ¿Era posible que varios miles de austriacos se hubiesen quedado sin luz a la vez?

Impotente y desesperado, Oberstätter vio cómo los enormes generadores rojos vibraban cada vez con mayor intensidad, hasta empezar a dar verdaderos saltos. ¡Si seguían aumentando de revoluciones, las máquinas explotarían con su propia fuerza centrífuga! De acuerdo, había llegado el momento de intervenir manualmente.

—¡Apagad las máquinas! —gritó Oberstätter al aparato—. ¡Desconectadlas, o nos explotará todo en la cara!

Sin dar crédito a lo que estaba presenciando, el hombre se quedó inmóvil ante aquellos monstruos de fuerza indomable cuyo alboroto superaba ya cualquier otro sonido de la central. Los tres cilindros vibraban con irregularidad y parecía que sólo quedaba esperar a que salieran disparados hacia el techo del edificio, impelidos por su propia potencia interior.

Pero entonces, sin lógica alguna, el ruido cesó.

El temblor había durado apenas unos segundos, aunque a Oberstätter le había parecido una eternidad.

El repentino silencio resultaba fantasmal. Entonces, y sólo entonces, el técnico se dio cuenta de que se habían apagado todos los fluorescentes de la sala. Sólo quedaban encendidas las pantallas y las luces de emergencia.

Todas las máquinas se habían parado. ¡Seguramente, aquello afectaría a media Austria, y ahora todo estaría a oscuras!

Oberstätter notó el sudor que le caía por la frente.

—Vale, todo ha vuelto a la normalidad —dijo, dirigiéndose al walkietalkie, y haciendo un esfuerzo por parecer calmado—. ¿Alguien sabría explicarme lo que ha pasado? ¿Cómo es que no habéis intervenido antes?

—¡No se nos ocurrió apagar las máquinas! Por el contrario, teníamos una bajada de tensión y pensamos que teníamos que traer más agua.

—¿Una bajada de tensión con ese ruido? ¡No tiene sentido! Bueno, sea como sea, tenemos que recuperar el ritmo y sincronizarnos.

–Me temo que no será tan fácil –dijo la voz entrecortada al otro lado de la línea–. Baja a echar un vistazo. Parece que no somos los únicos con problemas hoy.

Brauweiler

–Suecia, Noruega y el norte de Finlandia, Italia y el sur de Suiza están fuera –dijo el operador, por encima de cuyo hombro se asomaba a mirar Jochen Pewalski–, así como sus países vecinos, Dinamarca, Francia y Austria, y también Eslovenia, Croacia y Serbia. E.ON presenta irregularidades, y Vattenfall y EnBW lo tienen todo en ámbar, igual que los franceses, polacos, checos y húngaros. Y en Inglaterra hay flecos.

Jochen Pewalski, director de la Red de Conexiones Eléctricas Amprion S.L., llevaba más de treinta años trabajando en aquel complejo energético situado al oeste de Colonia, y que desde 1928 gestionaba la infraestructura eléctrica de alto voltaje de la antigua Central Renano-Westfaliana, popularmente conocida como «Centro de conexiones de Brauweiler». El enorme tablero que tenía delante, de dieciséis metros de largo por cuatro de alto, con sus líneas amarillas y verdes, y la cantidad de pantallas repartidas por las mesas de los operadores, le recordaban a diario el compromiso que tenía su equipo, y él mismo, con aquella sociedad.

En Brauweiler se verificaba, regulaba y repartía toda la red eléctrica de Amprion, una de las cuatro grandes sociedades energéticas de Alemania y por tanto de toda Europa, para los voltajes comprendidos entre los 380 y los 220 kilovatios.

Además, en Brauweiler se coordinaba todo el trabajo cooperativo de esas cuatro grandes sociedades alemanas, y se supervisaba y hacía el balance general de toda la red eléctrica del norte de Europa. Eso incluía Bélgica, Bulgaria, Alemania, Holanda, Austria, Polonia, Rumanía, Eslovaquia, la República Checa y Hungría.

Desde la liberalización de los mercados energéticos, hacía apenas unos años, el trabajo de Pewalski había ido volviéndose cada vez más complejo y de mayor responsabilidad. En la actualidad, la corriente fallaba más que nunca y sufría infinidad de percances desde que se originaba hasta que llegaba a su destino. Si las centrales hidroeléctricas austriacas, pongamos por caso, no lograban generar toda la electricidad que necesitaban

para cubrir las últimas horas de la tarde –siempre las más exigentes–, tomaban lo que necesitaban de las centrales nucleares eslovacas. Unas horas después, era más que probable que las centrales energéticas españolas tuvieran que sacar de algún aprieto a los franceses y a su exceso de iluminación. Era un continuo toma y daca; el modo que la electricidad había elegido para repartirse por toda Europa, desde las redes de alta tensión hasta las redes de distribución regional, velando por el equilibrio entre sus generadores y sus consumidores.

Y era precisamente ese equilibrio el que parecía haberse ido al garete en varias zonas de Europa, observó Pewalski.

–Esto es peor que lo de 2006 –dijo el operador, desesperado.

El director recordó que ambos habían estado allí la noche del cuatro de noviembre de 2006, cuando las redes vecinas saturaron sin previo aviso las líneas de alto voltaje de E.ON: un crucero del vecino astillero de Papenburg tuvo que ser trasladado por los canales hasta la costa, y aquello provocó un exceso de tensión en las líneas que unían Landsbergen y Wehrendorf. El apagón fue inmediato; cayeron líneas en toda Europa. Pese a que trabajaron febrilmente para combatir el apagón, Pewalski y sus colegas no pudieron evitar que unos quince millones de personas se quedaran sin electricidad durante más de una hora y media, que fue el tiempo que tardaron en deshacer el terrible entuerto con la ayuda de todos sus colegas internacionales. En aquella ocasión esquivaron por un pelo el colapso absoluto de la red, pero ahora... Ahora la situación parecía mucho peor.

–Toda la República Checa está en rojo –dijo el operador.

En 2006, Europa cayó de oeste a este, en tres bloques de tensión diferenciados y con distintas frecuencias energéticas. El único que sufrió apagones fue el del centro. De hecho, dada la brecha endémica que se abría en Europa entre la productividad del norte y la necesidad del sur, los expertos ya habían previsto la posibilidad de que aquello sucediera en algún momento, llegado el caso.

Pero en esta ocasión todo era distinto.

Los italianos habían alertado de sus problemas hacía apenas veinte minutos. Los motivos no estaban claros, pero en cualquier caso no habían logrado controlar la situación. Mientras el sur se colapsaba, Suecia advirtió también de sus problemas por mantener la tensión, y enseguida se le sumó toda Escandinavia. Parecía que el duro frío invernal estaba afectando a varias zonas europeas en el peor de los momentos...

–La red alemana tiene que mantenerse activa a toda costa –dijo Pewalski con firmeza–. Si la perdemos, caerá toda la conexión este-oeste.

En la central se pusieron a trabajar frenéticamente. Los operadores trasladaban la energía a las líneas que aún estaban en funcionamiento, intentaban restablecer las que habían caído, y enviaban la energía sobrante a los depósitos de las centrales energéticas a los que aún les quedaba espacio libre. O eso, o soltaban la carga directamente, obligando a interrumpir el trabajo de varias fábricas o dejando a miles de personas en la más absoluta oscuridad.

Pewalski observó atónito cómo pasaban al rojo nuevas líneas del tablero.

–Más problemas en E.ON y Vattenfall.

Más líneas en ámbar.

–El oeste de Austria está a punto de colapsarse.

Rojo.

–No hemos podido evitarlo.

Pewalski hizo un esfuerzo por mantener la calma, pero empezaba a sentirse superado por todo aquello. Si conseguían mantener activa la corriente eléctrica de varias áreas de Europa podrían restaurar con relativa facilidad las redes que habían fallado, pero si todo se apagaba... Un reactor nuclear o una central térmica carbonera no podían reactivarse como una turbina de gas o como el depósito de una maldita central energética, y menos aún si no contaban con energía externa para ponerse en marcha. Si en Francia se apagaban todos los puertos energéticos de la compañía AKW, *La Grande Nation* tardaría horas –cuando no días– en recuperarse, y perdería seguramente una parte importantísima de su producción. Pero, tal como estaban las cosas, parecía que ninguna de las redes vecinas se hallaba en disposición de contribuir a estabilizarla... y lo mismo sucedía, por uno u otro motivo, en todos los países de Europa.

–España en ámbar.

–De acuerdo, ya es suficiente –dijo Pewalski con determinación–. Blindemos Alemania... Si es que aún estamos a tiempo.